

## ¿Como es el mundo?

Jorge Cuni

Hasta hace poco yo creía que entendía de pintura. Que cuando las obras actuales se ajustaban a los patrones del arte del siglo pasado tenían mayor categoría artística que las que se alejaban de ellos. Lo diré de otra forma: que las obras que menos se parecían a las de los grandes maestros del arte actual, eran peores que las que tenían más que ver con las de aquéllos. Esta idea se me ha venido abajo en cuanto he prestado atención a la obra de Mariana Laín.

Pensaba que conocía su trabajo desde hace tiempo. Ahora veo que no era así. En realidad miraba sus cuadros buscando lo que busco en las obras del pasado a las que, negando el paso del tiempo, había convertido en paradigma inamovible de la contemporaneidad. Las sensaciones más intensas que me provocaban las obras de Mariana Laín resultaban poco aceptables para mi formación académica, así que intentaba centrar la atención en los aspectos de composición y factura, que me parecían "adecuadamente contemporáneos", tratando de olvidarme del vértigo de estar fuera del tiempo", o más exactamente, "fuera de las expectativas de nuestro tiempo" que sentía ante sus cuadros. Era ésta una sensación de nostalgia tan poderosa que me producía, un nudo en el estómago. Como es normal, mi reacción automática ante esa faceta; de su obra, era de rechazo. Uno tiene sus principios, y no puede dejarse arrastrar por lo que yo consideraba sentimentalismo aferrado a un entrañable pasado perdido. Y es que para la tradición moral en la que hemos sido educados, la nostalgia es un pecado capital, ya que reblandece nuestro ánimo de transformar el mundo en el que nacimos en el paraíso de la modernidad. Este programa ineludible exige enfrentarse a la realidad con espíritu implacable, con "virilidad" y audacia. La melancolía es, consecuentemente, el signo de los débiles, acomodaticios e indulgentes, que rehúyen el obligado compromiso de enfrentarse al sistema. Pero, ¿qué sucede cuando queremos determinar con más cuidado las razones que hacen sospechosa a la nostalgia?

El arte contemporáneo más radical anima al artista cuestionar e incluso transgredir los códigos morales establecidos, enfrentándose a los tabúes más enraizados de nuestra cultura. ¿Por qué no considerar entonces la desinhibición de la nostalgia como una propuesta particularmente arriesgada y perturbadora? ¿No es verdad que nos aterra dejar que esta sensación fluya sin restricciones como una pasión liberadora? ¿No estamos dando por sentado que es una pasión malsana porque hemos sido educados con esa idea? Podríamos decir que si esta idea es acertada, no dejará de serlo por estudiarla, y si no lo es, más vale que la estudiemos, no sea que estemos rechazando algo particularmente valioso.

La investigación sobre la nostalgia que propongo podría arrancar con la pregunta: ¿que produce esa sensación en los cuadros de Mariana Laín? La respuesta inmediata que se me ocurre es: sus imágenes de un pasado idílico. Suponiendo que esta sea la causa, habría que preguntarse a su vez: ¿qué hay de malo en dejarse seducir por imágenes de ese tipo? ¿tal vez por que es retrógrado querer lo pasado en vez de lo presente o lo futuro? Sería lógico pensar de ese modo si todo lo pasado fuera espantoso y todo lo presente y lo futuro esplendoroso. De otra forma, no entendería por qué habría de elegir siempre lo más moderno aun en los casos en que lo que me venden como moderno me parece un disparate. ¿O es que debo obligarme a creer, por no poner en duda los principios éticos vigentes, que cualquier transformación reciente supone una mejora incuestionable del mundo? Estoy hablando de los principios que han marcado el desarrollo del arte del siglo XX, donde sólo era aceptable la utilización de imágenes del pasado cuando éstas ilustraban su lado más tenebroso y desarticulado. Un artista puede rebelarse así como así contra el postulado básico de que *es necesario ser absolutamente moderno?*

De acuerdo, pero no dejemos de contestar a la cuestión siguiente: ¿cómo se representa el presente y el futuro en este arte moderno? Pues con la misma imagen tenebrosa y desarticulada que el pasado. Es decir, lo retrógrado no consiste en pensar que algo del pasado sea digno de contemplarse en nuestra época, sino pensar que tanto pasado como presente y futuro pueden ser algo mejor que una pesadilla para quienes los vivimos e imaginamos. Esa pesadilla es la única interpretación de la realidad que se admite como "real" y "verdadera".

¿Es así la realidad? ¿Es la realidad que le interesa a Mariana Laín menos real y menos verdadera? He de decir que a mí me resulta más auténtica, porque desafía una concepción del mundo que me parece tan falsa en su monotonía como estéril. Supongamos por un momento que el mundo de Mariana Laín es un mundo nostálgico, que sólo vive en nuestros recuerdos de un tiempo que fue mejor. Ya que me interesa su obra como propuesta vital, me propongo inventariar cuáles son los recuerdos que ha seleccionado y qué sugerencias aportan para rellenar nuestros vados del presente y nuestras endeables ilusiones en el porvenir.

Al observar los cuadros que presenta en esta exposición, quedo desconcertado. ¿Dónde están los elementos que me remiten al pasado? No hay nada en ellos que sea de otro tiempo. Mariana Laín retrata la época actual. Sin embargo producen una sensación cálida, inusual en el arte contemporáneo. Es ésta una sensación de ausencia, de algo que echamos en falta en el modelo del mundo con el que estamos habituados a trabajar. Y ya que no es nostalgia, tal vez fuera acertado identificar esa sensación como melancolía.

Considero que los cuadros de Mariana Laín producen en el espectador un efecto melancólico, porque éste encuentra en ellos algo muy querido que ha perdido. Y si me interesan tanto esos cuadros es porque también cuentan qué hemos perdido. Lo que hemos perdido es lo que encontramos en ellos que no encuentra uno en su experiencia cotidiana: el sosiego, la tranquilidad; en definitiva, la paz de espíritu. Ese prolongado sosiego que descubro en su obra me atrae profundamente porque es mi objetivo vital. Ahora veo que es también el objetivo que persigue la actividad artística de Mariana Laín. Ese es su mensaje.

La obra de Mariana Laín no nos propone huir de un presente inhóspito para refugiarnos en ensoñaciones de tiempos pretéritos. Lo que nos propone es vivir el presente con paz de espíritu. A primera vista parece que estamos ante una nueva utopía, más propia de los siglos XIX o XX que de ahora mismo: un bello objetivo fácil de alcanzar pero impracticable cuando se quiere poner en práctica. ¿Estamos ante una propuesta tan bienintencionada como inútil, que no merece la menor consideración como programa? Después de dos siglos de ilusionarnos con programas utópicos que no han llegado a ninguna parte -fueran las que fueran sus causas- puede parecer más sensato seguir la corriente de tomarse la vida con ironía: el futuro es una birria, así que intentemos disfrutar mientras se hunde el barco. Con tal criterio, cualquier otra postura sólo puede interpretarse como una ingenuidad por parte de quienes no saben en realidad cómo es el mundo.

El futuro es una utopía, porque nunca podremos alcanzarlo. Pero sentir sosiego en el presente es perfectamente factible. Puede parecer que alcanzar el sosiego sólo es posible, en el mundo presente, aislándose de él, huyendo de la *dura y auténtica* realidad, según la proclama situacionista de "paren el mundo que me quiero bajar". Lo que sucede es todo lo contrario. El sosiego se experimenta como plenitud vital precisamente a través de la fusión ilimitada con el medio, por hostil que pueda parecer éste. Para ilustrar lo que digo, me remito a la pintura de Mariana Laín, que uno experimenta como apacible y al tiempo cargada de intensidad. Y esta radiación de paz que parece surgir de su obra, es indiferente a la escena representada: la encontramos cuando nos muestra un viaje al colegio, un día de trabajo, una contienda deportiva o un entierro. No hace falta cambiar el mundo, sino nuestra implicación en él.

¿Estamos diciendo que no hay que cambiar el mundo para que sea como yo quiero que sea? Para la mentalidad de nuestra época resulta un programa indignante. ¿Qué pasa con nuestro compromiso de mejorarlo? ¿Acaso puede uno conformarse con que le vaya bien a él, ya los demás que les parta un rayo?

Tengo que confesar que yo no sé *cómo es en realidad* el mundo, y que no creo que llegue a saberlo por más que me esfuerce. Por experiencia puedo decir que cuando mi ánimo está por los suelos, me parece insufrible, y que cuando me siento enamorado, me parece estupendo. Y entonces me siento inmune a lo que antes me agredía. Da la sensación de que mi valoración del estado de la realidad depende más de mi estado anímico que de cómo sea ésta "objetivamente". Así pues, si me da por cambiar el mundo. ¿con qué criterios lo he de intentar? ¿con los que tengo cuando estoy irritado o con los de cuando estoy extasiado? No creo que sea una gran idea planificar un asunto tan complejo y delicado fiándose de un análisis surgido de la depresión y la rabia. En el hipotético caso de que, aun así, fuera no sólo capaz de transformar el mundo, sino de que el resultado me pareciera satisfactorio, ¿puedo asegurar ¿lo que sería también para los demás? Las experiencias de este tipo llevadas a cabo en el último siglo no nos permiten ser muy optimistas.

Por otra parte, cuando nos sentimos congraciados con el mundo, y éste nos parece bien, ¿qué sentido tiene dedicarse a transformarlo en vez de aprovechar para vivirlo?

¿Y qué hacemos entonces con los que se sienten desdichados? Aquí propondría yo aplicar el programa que sugieren los cuadros de Mariana Laín, ¿Cómo me tratan sus cuadros? Por la sensación que tengo ante ellos diría que son, ante todo, acariciantes. Tengo que decir que las caricias producen una de las sensaciones más agradables que conozco, y que tienen una capacidad verdaderamente asombrosa de transformar mi estado de ánimo. Si este objetivo acariciante constituye el programa social de Mariana Laín, verdaderamente me resulta difícil imaginar un programa social más acertado. Quiero aprovechar el momento para hacer un comentario acerca del *arte con contenido social*, tan despreciado unas veces, como aplicado otras para ensalzar cualquier obra de arte que defienda una propuesta social disparatada por el solo hecho de que su autor se presente como un tipo preocupado por los demás. Y es que a veces olvidarnos que todas las obras defienden un programa social. Es precisamente nuestra sintonía con este programa, que es auténticamente personal del artista y se hace social al compartirlo con el espectador, el que nos hace sentirnos atraídos por la obra, o que, por el contrario, nos resulte espantosa. Por eso me encanta que la obra de Mariana Laín me permita hablar de mis programas sociales favoritos.

Supongamos que tenemos dos opciones de transformar el mundo: la tradicional, a zapatazos, que es la que se aplica en el arte académico actual, donde un buen cuadro es equivalente a una buena bofetada para el espectador, y por otro lado la opción acariciante. Si una de estas opciones ha de ser aplicada de manera generalizada, preferiría que fuera la segunda. No sólo por cambiar. Sería, sobre todo, porque si se pusiera de moda el que la gente me tratara con caricias en vez de a zapatazos, mejoraría mucho mi percepción de cómo es el mundo. Y como, en consecuencia, me sentiría agradecido, correspondería de igual forma, sintiéndome así mucho más satisfecho de mi papel en este mundo.

Insisto en que la postura adoptada por Mariana Laín me parece francamente arriesgada, por alejarse de los baremos que manejan los promotores del arte actual, que entenderán probablemente como todo lo contrario: como una postura acomodaticia, propia del arte comercial más insulso. Por eso no estaría de más recordar que las tiendas de cuadros *comerciales* están llenas de cuadros pretendidamente agradables, *al gusto de la gente*, pero que resultan tan espeluznantes como las obras más kitsch del arte institucional. ¿Un matiz demasiado escaso como para diferenciarlos de las obras que comento? En tal caso, lo mismo confundimos también los trabajos de aprendizaje en cualquier escuela de arte con las piezas más emblemáticas del arte de vanguardia.

Tal vez la gran pregunta en nuestros días no sea cómo debería ser el mundo en el futuro, ni cómo será con independencia de lo que queramos, sino cómo es. Aquí caben todas las respuestas, si pensamos que el mundo es como yo quiero que sea, como yo quiero interpretarlo. El mundo y yo somos una misma cosa. La evolución del mundo no es un proyecto, es una vivencia, tanto más rica y atractiva cuanto más a fondo la exprimimos -por cierto, que la riqueza de la que hablo es otra-. Como decía Alan Watts, es nuestra imagen la que debemos ajustar, y no el mundo, cuya esencia u organización es inabarcable. No sabemos cómo es el mundo, porque es de naturaleza misteriosa. Esto puede parecernos una desgracia, si nuestro empeño es controlarlo. Pero puede ser lo bueno del asunto, porque entonces puede ser como uno quiera. Sin ir más lejos, como el que me muestra Mariana Laín. Ese es el mundo que me interesa. O dicho de otra forma, esa es la pintura que me interesa.